

## NOTAS Y DOCUMENTOS

### CONCHA ESPINA Y SU ESTATUA

Por ENRIQUE LABRADOR RUIZ

Siempre los viajeros llegan diciendo algunas cosas que el cable no da, que ni siquiera los periódicos publican en su sitio de origen pero que se saben a pesar de todo. Estas cosas a lo que se supone deben ocultarse en razón de su descomedimiento y bajeza, porque hay sentir herido o son afrentar a la cultura, dolor nacional en la vergüenza de tener que tolerarlas, no digo admitirlas, sin ponerles sanción enérgica. El caso es que me encontré el otro día con un amigo recién llegado de Santander y cuando pasamos de los saludos me dijo:

—¿Sabe usted lo de Concha Espina?

—Ha muerto —le contesté— y si no recuerdo mal por mayo del 55. Fuí su lector, en mi juventud. Aún tengo presente *La niña de Luzmela*, *La Esfinge Maragata*, *El Metal de los Muertos*...

—¡Vaya!, pues le va a causar a usted pena esto que quiero confiarle. Es un horror. ¿No sabe...?

—Me impacienta usted, por Dios. A ver qué atrocidad sucede, porque según están los tiempos...

—Eso es: una atrocidad. Y al grano... Me paseaba yo una tarde por la Alameda y supe de voz amiga que la noche anterior —era febrero— un tipo o unos tipos en juerga habían mutilado bárbaramente la estatua de esta escritora, a puras pedradas, sin ningún objeto concreto más que hacerla añicos. Usted sabe que Concha Espina estuvo muchos años ciega pero uno quiere pensar que ante este acto abrió los ojos en el más allá para ver cuáles podrían ser los motivos de enfado...

—Hombre, no —le dije—; el hecho de mutilar estatuas escapa a esas reflexiones. ¿Por qué se hace? ¿Qué rencor puede tenerse oculto y defogarse así en

medio de la noche, a mansalva y sin posible castigo? Tal vez ella recibió tamaño ultraje en razón de ser un ser antiprogresario por naturaleza, pues no en balde se publican libros y se escriben artículos alejados de la vulgaridad cotidiana. Esta posición nada cómoda incita, aún pasando el tiempo, a un género de burlas que puede convertirse de mofa en sacrilegio. Es decir, no se perdona aquella actitud zafada de remilgos y cuando llega la oportunidad, cuando se acierta con el encubrimiento, ¡zas!, coces, y averigua quién tiró.

—Claro que uno está inclinado a pensar que mejor sería entonces un mundo de analfabetos...

—De totales analfabetos, eso es. ¿Por qué iban a agravarse de lo que ignoran? Es lógico que no. Pero éstos que atacaron sí sabían seguramente leer y escribir y puede que hasta alguna vez intentaran hacer literatura. No hay que dudar nada puestos a buscar el origen de un resentimiento.

—¿Pero qué poeta haría eso? ¿Qué novelista?

—Ahí está el detalle. La turba mancilladora no tenía un poeta, un novelista en su seno. Si los hubiera habido jamás ocurriría el atropello aquel. Mas quiero pensar que tal vez —Dios nos libre— andaban allí aspirantes a la notoriedad, fracasados del artículo, trotones del soneto, jayones del buen éxito, por usar un término a que ella dió lustre. Jayón es el expósito recogido...

—Había nacido en Santander y todos conocen lo buena que fué; lo manso y tranquilo de su alma —dijo mi interlocutor como en suspiro.

—Otra razón para encender furias. También se ofuscan algunos ante lo no-









































































